

Ganador cat ©
relato

EL DUELO

Abrí el cajón enfurecido, con las manos temblando acerqué mis dedos al frío metal de la pistola. La vela bailaba en la oscuridad de la noche mientras dibujaba sombras en mi rostro cansado. Tenía una bala, una sola, pero sabía que sería suficiente una vez llegara la hora.

No podía dejar que me ganara, ya me había hecho suficiente daño. Tenía que vencerlo, tenía que lograrlo. *Lo haría por ella*, me dije a mí mismo, pero en el fondo sabía que era imposible ser más rápido.

Acordamos que el duelo sería al alba: en la pradera que el lago reclamó como suya, en la que desbordaba sus aguas cuando llovía demasiado. El frío cortaba mi cara como mil espadas al pasar; mis piernas urgían al caballo azabache a galopar, aunque en el fondo sabía que era inútil avanzar más... Cuando vislumbré su figura a lo lejos, la ira recorrió mi cuerpo; mis nudillos blancos alrededor de las riendas, las silenciosas lágrimas cada vez más cerca.

Acordamos ignorar las formalidades, pues no era mi deshonra el motivo de este encuentro. Cuando mis botas aplastaron la verde hierba con rocío, le miré a los ojos, creyendo ver más que vacío...

Me equivocaba, él era el mismo. Igual de temido, igual de ansiado. Unos deseaban su muerte; otros, que estuviera a su lado. Yo no podía soportarlo, *se la había llevado*. Apreté la mandíbula hasta que mis encías suplicaron, hasta que de mi boca escaparon aquellas palabras enterradas.

—¿Cómo te atreves? —susurré enfadado.

Debería haber gritado, ¡eso le ordené a mi garganta!; pero mi corazón de llorar tan cansado estaba que no quiso gastar más de mi vida humana.

Él no estaba arrepentido, ni el menor temblor en su rostro. No me sorprendió su quietud: decían de él que era tan valioso como el oro; nadie lo detenía, solo caminaban tras sus hombros.

Asintió levemente y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo: *sabía que era imposible ganarle al tiempo*. Me di la vuelta y —sin haberlo acordado— ambos nos separamos a una distancia de *siete* pasos. Con la mano sobre el arma, que descansaba enfundada sobre mi muslo derecho, y el corazón abriéndose paso en mi pecho, decidí cerrar los ojos, aunque fuera solo por un momento. Pensé en ella y en su rostro marcado; en los pliegues que el tiempo fue dejando, en la calma que guardaba su piel cansada, recordando que él era el culpable de que estuviera donde estaba.

No sabía cuándo mis dedos se habían apoderado del metal, desconocía el momento en el que mi cuerpo se giró para dispararle al tiempo; pero ya era tarde, *él apuntó primero*.

La bala fue directa al corazón; algo de mí escapó con ella, y en el pecho quedó un vacío. Caí al suelo rendido. Siempre lo supe: no podía ser más rápido, no podía ganarle al tiempo.

¡Pero no podía soportarlo! ¿Por qué tenía que doler tanto? Él sería el culpable de mi soledad..., cuando pasaran los años —y a todos mis seres queridos les hubiera tenido la mano— me quedaría a solas con mis pensamientos, ¡y solo Dios conocía lo doloroso que era eso!

Así, mientras yacía inerte, con una herida invisible al ojo humano, comprendí la verdadera naturaleza de mi decisión: me negaba a aceptar que existiera un último adiós. Entreabrí los ojos, y su rostro etéreo me observó con silenciosa decepción.

Solo los necios quisieron detener el tiempo; solo los locos soñaron con poseerlo; y fui yo quien, incapaz de comprenderlo, decidió apuntarle.

Deja que duela, según dicen, lo curo todo.

Quizá negar la realidad, quizá enterrar mis emociones en un campo minado de incertidumbre, solo provocaría una explosión de ira en contra de cualquiera menos del que puso las minas.

Quizá lo más sensato era quitar los explosivos, dejar que salieran los sentimientos, que dolieran por dentro, para evitar que volara todo por los aires.

Así que lloré.

Porque la echaba de menos, porque nunca más sentiría sus abrazos. Cayeron lágrimas de mis ojos porque comenzaba a olvidar su olor, como lucía su pelo al sol. Lloré, pues en el fondo sabía que era estúpido echarle la culpa al tiempo.

¡Condenado era el dichoso tiempo! Que no esperaba a nadie, que no preguntaba, que arrasaba consigo sueños y esperanzas; que enseñaba que nada vuelve y que todo cambia. Condenado era el día en el que se llevó su alma.

...

Diecisiete horas después, mientras su cuerpo yacía postrado en la cama y los rayos dorados bailaban en la ventana, comprendió que había estado equivocado. Había creído que el tiempo era su peor enemigo, pero ¿qué misterio le quedaría a la vida si el reloj se detuviera y la prisa desapareciera, dejando un vacío sin deseos ni urgencias? Nunca más quiso cambiar el tiempo; nunca más deseó desafiarlo.

Septem Noctes